

Cano, M., *Performatividad y vulnerabilidad*, Barcelona: Shackleton Books, 2021.

En este libro publicado en 2021 por la editorial Shackleton Books, la profesora Mónica Cano Abadía hace un estudio del pensamiento de Judith Butler a partir de los dos ejes principales que extrae de su obra: la performatividad y la vulnerabilidad. Por un lado, se deja claro que todas construimos nuestra identidad a partir de un mecanismo de repetición de normas que está sujeto a fallo y que, por tanto, puede ocasionar que nuestro cuerpo realice ciertos actos de habla cuyas consecuencias (tanto para uno mismo como para los demás) no sean las deseadas desde un principio. Por otro lado, también se indica que somos seres vulnerables de manera constitutiva, lo que quiere decir que necesariamente tendremos que establecer relaciones de interdependencia con las demás personas si queremos sobrevivir en este mundo. No somos individuos autónomos y libres que pueden llegar a construir su identidad independientemente de la mirada del Otro, pero tampoco somos meros seres pasivos que se configuran como resultado de una imposición y asimilación de las normas sociales. Este será uno de los núcleos teóricos que Mónica Cano identificará en la filosofía de Judith Butler.

Al contrario de por lo que han criticado a la autora norteamericana, su propuesta no es ni voluntarista ni constructivista, sino que se sitúa en un punto teórico donde no niega la agencia propia del ser humano a la vez que nos indica la importancia de la matriz heterosexual o de la rejilla de inteligibilidad en la que nos situamos. Dicha rejilla nos exige una identidad estable y coherente en relación con los patrones de continuidad de sexo-género-deseo, y si por algún casual no hubiese coherencia entre esos tres elementos, nuestro cuerpo se catalogaría como abyecto y se relegaría a los márgenes del discurso hegemónico al no poder ser comprendido bajo dichos patrones de inteligibilidad.

En un primer momento, la autora nos muestra las principales influencias de Butler sin las cuales no podríamos entender su filosofía. El rechazo a la idea de un sujeto prediscursivo no se puede entender sin Nietzsche ni Foucault, al igual que el concepto de matriz heterosexual no se podría hacer inteligible si no nos remitimos a la idea del contrato heterosexual de Monique Wittig. A su vez, Butler beberá mucho de la filosofía judía, de la cuestión del reconocimiento en Hegel y también de Lévinas, filósofo que sostuvo la idea de que yo no soy solamente responsable de mí mismo, sino también del Otro en tanto que lo que él hace también me afecta a mí.

La primera parte del libro se encargará de esclarecer la noción de performatividad. Sin embargo, Cano Abadía deja claro que la performatividad va mucho más allá de la idea de que el género es una *performance*. El género es igual al proceso de hacer el género y, por ende, no es una esencia ni algo natural que podamos identificar en las personas al nacer. Así, este proceso de hacer el género puede atravesar momentos de confusión o de fallo performativo. Siguiendo a Austin, un performativo es exitoso solo si lo pronuncia una persona con autoridad en un contexto autorizado (como, por ejemplo, un casamiento por parte de un cura en una boda). Ahora bien, para Derrida

un performativo solo tendrá éxito si repite un código, una fórmula, pero a la vez esta repetición entraña un riesgo de fallo, y este riesgo de fallo es el que le interesa a Butler para aclarar su noción de performatividad. Cada repetición de cada palabra sería única y nunca significaría lo mismo, por lo que en cada repetición siempre estaríamos introduciendo alguna diferencia en el significado que no podríamos controlar.

Habiendo aclarado esto, Butler se da cuenta de cómo los enunciados de género tal y como “es una niña” o “los hombres son más fuertes que las mujeres”, lejos de ser descriptivos, son enunciados performativos que crean la realidad que están nombrando. No obstante, justo por la propia naturaleza del mecanismo performativo, dichos enunciados están siempre abiertos a la resignificación. Esto quiere decir que las normas de género no se repiten siempre de forma rígida, y, por tanto, debido a la iterabilidad, las configuraciones de género acaban por multiplicarse constantemente. El objetivo de Butler, entre otros, es el de abrir una brecha en las normas de género para flexibilizarlas y, así, conseguir que todos los cuerpos puedan ser habitables. En resumen, la performatividad implica una reflexión crítica sobre los mecanismos de formación de un sujeto que no existe antes de la acción, y a la vez también implica una dimensión política en el sentido de que siempre estamos abiertos a poder cambiar dichos mecanismos.

Partiendo de la idea de que el ser humano no puede cuidar de sí mismo de manera individual o independiente, Judith Butler deriva de esta apreciación la idea de que somos seres constitutivamente vulnerables. Para ella, todos nacemos vulnerables y con la necesidad de establecer lazos con las demás personas (precariedad), pero a la misma vez también hay personas que viven en situaciones de precariedad aumentada (precaridad). Una persona puede dañar fácilmente a otra, y muchas veces ni siquiera esta última puede defenderse. Esto quiere decir que sin otras personas a nuestro alrededor no podríamos ni sobrevivir, lo que ni mucho menos implica debilidad, sino una relationalidad constitutiva que nos sitúa en permanente dependencia y sufrimiento para con el Otro.

En el prefacio, la autora del libro dice que su intención es la de llevar al gran público las líneas maestras de Butler. No obstante, creo que esto es algo difícil de alcanzar. Cano Abadía nos introduce de manera muy pedagógica en el pensamiento de la autora norteamericana mostrándonos sus precedentes y explicándonos cómo le da la vuelta, por ejemplo, al concepto de performatividad que Derrida reformula a partir de la teoría de los actos de habla de Austin. A pesar de todo, conceptos como “performatividad”, “iterabilidad”, “resistencia a la normalización” o “marco de inteligibilidad” no se pueden comprender sin un bagaje filosófico previo. Con esto no quiero decir ni mucho menos que la autora no haya sabido adaptar y organizar óptimamente el discurso de Butler, sino que, por su propia naturaleza, los conceptos que la autora norteamericana maneja son complejos y difícilmente se pueden acercar al gran público.

Ahora bien, como digo, Cano Abadía ha sabido clasificar de manera muy precisa el pensamiento de una autora que se caracteriza por su dispersión y su asistematicidad. Además, recoge las críticas que tildan a Butler de voluntarista o de constructivista, y ahí es donde se nota la profunda comprensión que tiene Cano Abadía de la filosofía butleriana. Por una parte, Butler sostiene de manera foucaultiana que no podemos afirmar ningún lugar precultural y que incluso lo *queer* llega a contener notas culturales de la cisheteronormatividad. Por otra parte, también

sostiene que el ser humano posee una capacidad de acción que no es completamente soberana pero que le permite introducir diferencias en este marco de comprensión cisheteronormativo. En consecuencia, teniendo en cuenta también el factor de la performatividad (la repetición de normas existentes que entraña la posibilidad de abrir brechas culturales en ellas), el ser humano no sería ni un mero producto de las normas sociales, ni tampoco un sujeto soberano, sino que se situaría en un lugar intermedio donde desconoce las pulsiones que atraviesan su cuerpo pero donde, al mismo tiempo, puede llevar a cabo acciones libres e imprevisibles que modifiquen su identidad, introduciendo de este modo algunas diferencias en la repetición de las normas sociales que lleva a cabo en su día a día.

A su vez, también hay críticas que, erróneamente, atribuyen a Butler la idea de que ser hombre o mujer es una simple *performance*, es decir, que es algo así como una fantasía o una mera representación teatral. En cambio, Butler nunca dice esto. En el fondo del proyecto de Butler lo que hay, a mi juicio, es una metafísica del género, y la lectura que nos brinda Cano Abadía pienso que sigue esta línea. Ella responde a tales críticas atribuyendo al performativo un fundamento ontológico que entraña consecuencias materiales y reales para las vidas de las personas. Los performativos configuran nuestro cuerpo y nuestra psique y rigen los procesos de reconocimiento del mundo humano.

Una de las cosas que también me han resultado esclarecedoras del libro es la lectura de corte materialista que nos brinda. Cano Abadía precisa muy bien que Butler no es que rechace de pleno la biología ni la materialidad palpable de los cuerpos, sino que afirma que el género no se basa en rasgos biológicos. Con esto se sostiene que ni siquiera la biología es una disciplina neutral, y es por ello que Butler critica fuertemente afirmaciones “científicas” que, lejos de ser descriptivas, contienen un alto componente ideológico (como el protocolo de asignación de sexo en medicina). Asimismo, también nos muestra cómo Butler no reduce su tesis ni a que el cuerpo sea mero discurso ni a que lo somático sea una materialidad pura. Cano Abadía nos explica cómo para la autora norteamericana el cuerpo es un proceso performativo de materialización donde la materialidad palpable y el lenguaje se convierten en un todo expresivo que configura la identidad del sujeto.

Sin embargo, la cuestión fundamental es que este todo expresivo no se puede hacer inteligible a partir de nociones biológicas, ya que hay cuerpos que son materialidades palpables como todos los demás, pero que se ven excluidos o cuyas vidas no importan tanto como las de otros. Esto es lo que le interesa a Butler. Su propósito no es otro que el de intentar explicar por qué hay cuerpos más vulnerables que otros, y esto es porque, por un lado, existe una materialidad palpable pero, por otro lado, también existe una materialidad inteligible que es la que se sitúa en unos marcos de comprensión sociales que dictaminan qué cuerpos se consideran vidas dignas de ser vividas (vidas que merecen ser lloradas) y qué cuerpos se pueden considerar como abyectos, anormales y, por ende, vidas que no son dignas de ser vividas (vidas que no merecen ningún duelo).

Alejandro Vizcaíno Guillén